

que la filosofía y la erudición, las altas concepciones de conjunto y la minuciosa filología liberal son hebreos para él; en una palabra, Mr. About, el autor de *La cuestión romana*, y Mr. Renán, el autor de *La vida de Jesús*. Cada tres días se les llama criminales. He leído un artículo titulado *Renán y el diablo*, donde se probaba que las semejanzas entre ambos personajes son numerosísimas. Nada más natural; al pasar por ciertos espíritus, las cosas toman cierto color; las leyes de la refracción mental así lo exigen, y no son menos poderosas que las de la refracción física. He visto un efecto semejante estos últimos días en el Capitolio: se trata de la historia tal como ella viene á ser cuando ha sido elaborada, deformada y henchida al atravesar los cerebros populares. Dos soldados franceses miraban una Judith que acaba de matar á Holofernes; el uno dijo á su compañero: «¿Ves bien á esta mujer? Pues es una tal llamada Carlota Corday, y el degollado es Marat, un hombre que la tenía por querida y al cual asesinó en su baño: convengamos en que todas estas entretenidas son una canalla.»

La campiña

A los ocho de la mañana partimos para Albano, saliendo por la plaza de San Giovanni. Es la más bella de Roma y ya te la he descrito, pero la encuentro ahora más bella que la última vez. Cuando llegados más allá de la puerta se vuelve uno, tiene delante de sí la fachada de San Juan de Letrán, que al primer golpe de vista parece

angulosa y enfática. En el gran silencio de esta hora matinal, en medio de tantas ruinas y de tantas cosas agrestes, no lo es tanto, se la encuentra tan rica como imponente y el sol cae sobre sus altas columnas agrupadas, sobre su reunión de estatuas, sobre sus sólidos muros dorados; aquello es la magnificencia de una fiesta y el brillo de un triunfo.

Los setos reverdecen, los olmos brotan; de largo en largo trecho un albrerchigo, un albaricquero rojo, lucen tan encantadores como lujosos vestidos de baile. Toda la gran cúpula del cielo se presenta luminosa. El acueducto de Sixto V, y después el acueducto ruinoso de Claudio, extienden á la izquierda, en el llano, sus filas de arcadas y sus curvas se redondean con una limpieza extraordinaria en el aire transparente. Tres planos forman todo este paisaje: el plano verde, calurosamente iluminado por el reflejo de rayos ardorosos; la línea inmóvil y grave de los acueductos, y más lejos las montañas en un vapor dorado y azul. En los huecos se ven sobre las alturas rebaños de cabras y de toros de largos cuernos, techos cónicos de cabañas pastoriles parecidas á chozas de salvajes, algunos pastores con las piernas envueltas en una piel de cabra, y acá y allá, hasta perderse de vista, un resto de pueblo antiguo, una tumba roída por la base, un pilar coronado de hiedra, raros despojos que parecen los de una inmensa ciudad arrasada totalmente por un diluvio. Campesinos de mirada reluciente y tez amarillenta cabalgan á campo traviesa para ganar la ruta. La casa del relevo es una construcción agrietada, enrojecida y resquebrajada, especie de tumba muda, donde están acostados sobre sus capas dos hombres minados por la fiebre.

Se llega á la Aricia por un puente soberbio, cuyos arcos franquean un valle, fué construido por el Papa. B..., que ha recorrido los Estados romanos, dice que las obras de arte jamás faltan aquí y que las grandes vías son muy entretenidas. La arquitectura y las construcciones son un placer de soberano viejo; el amor propio que mueve á un Papa á construir una iglesia ó un palacio, á inscribir su nombre y las armas de su familia sobre toda reparación y todo embellecimiento, le lleva también á estos trabajos, que contrastan con la negligencia general. Otros rasgos indican asimismo la presencia de gustos de príncipe y de la gran propiedad aristocrática. Un duque plantó las anchas alamedas de olmos que se extienden más allá del pueblo. Este pertenece al príncipe de Chigi; su quinta se halla al extremo del puente ennegrecida y con todo el aspecto de un fuerte. Debajo del puente cubre su parque el valle y vuelve á subir hasta la montaña. Sus añosos árboles retorcidos, los troncos monstruosos agrietados por el tiempo, las carrascas en todo el esplendor de su juventud eternal, pululan refrescadas por las aguas corrientes. Las copas grises y musgosas se mezclan con las copas verdes y brillantes. Los espinos se revisten ya de un verde ceniciento, que en algunos sitios falta, y parece un velo delicado, sujeto y detenido por los dedos espinosos de las ramas. Todas estas tintas se matizan con variedad y armonía encantadoras bajo las alternativas de sol y de sombra. La tierra de primavera se hincha y produce; siéntese vagamente la fermentación de la multitud viviente que se agita en las profundidades; los vástagos frágiles aparecen á través de las cortezas, puntitas verdes lucen en el aire atravesado y poblado por

los rayos ágiles del sol; ya ríen las flores en maticos brillantes y caprichosos al borde de los arroyos. Ante las creaciones naturales, ¡cuán poco son las piedras y los monumentos!

Comimos en Genzano y tuvimos que comprar nosotros mismos la carne; el hospedero rehusó comprometerse, exponiéndose á un castigo; pero nos indicó una tienda de embutidos. Esta posada es completamente salvaje, una especie de cuadra sostenida por una alta arcada. Los mulos y los asnos entran y salen rodeando las mesas y sonando sus pezuñas sobre el piso. Las telas de araña penden de las paredes ennegrecidas y la luz del exterior entra en gran aluvión, donde nadan en torbellinos los átomos de la sombra. Nada de chimenea; la hospedera guisa sobre un hogar, cuyo humo se esparce por toda la sala, bien que la puerta de delante y la de atrás quedan abiertas y dejan pasar una buena corriente de aire. Supongo que Don Quijote encontraba trescientos años hace, en las llanuras abrasadas de la Mancha, posadas semejantes. En vez de sillas, bancos de madera; en vez de carne, huevos y siempre huevos. Los muchachos mendigos nos persiguen hasta en la mesa, con una importunidad increíble. No se pueden describir sus harapos y su absoluta suciedad. Uno de ellos lleva el pantalón tan desgarrado, que deja ver la mitad de las dos ancas: los jirones cuelgan á uno y otro lado. Una vieja lleva sobre la cabeza, á guisa de capuchón, una rodilla de cocina y no sé qué trozo de estera de paja, donde parece que un regimiento se ha restregado los pies.

Las calles laterales son cloacas irregulares, donde las piedras puntiagudas alternan con los desperdicios. El pueblo tiene grandes construc-

ciones que parecen antiguas. Dicen mis amigos que en las montañas se encuentran aún pueblos del siglo XV, tan bien edificados, que trescientos años de decadencia no han bastado á malear ni desgastar la obra de la prosperidad primitiva.

Fuimos al lago Nemi, que es una taza de agua en el fondo de un pilón formado por montañas. No tiene nada de grande, ni excede en eso al Tiber; sólo su nombre constituye su gloria. Las montañas que lo rodean han perdido sus bosques; solos, sobre las arenas, monstruosos plátanos unidos á las rocas por sus ramas se destacan medio acostados sobre el agua: los troncos informes, abollados y tripudos, echan hacia adelante sus grandes ramas de color blanquecino y sus hojas se bañan en las ligeras hondas de color gris. A su lado susurra todo un ejército de juncos; las clemátidas y las anémonas abundan hasta en el musgo de las raíces, y las pendientes lejanas aparecen á través del laberinto de las ramas casi azules á causa de la distancia. Un nombre, el antiguo nombre del lago, viene á los labios, *speculum Dianæ* (el espejo de Diana), y al punto se cree volver á verle tal como era en los siglos de vida militante y de sacrificios humanos, ceñido de vastas y negras selvas y desierto; cuando sus silencios no eran turbados sino por el bramar de los ciervos ó el paso de las gacelas que venían á beber, el cazador, el montaraz que distinguía desde lo alto de una roca la inmóvil claridad azul grisácea del lago, sentía herizársele la carne como si hubiera visto los ojos claros de la diosa. En el fondo de esta garganta, bajo los pinos eternos y el retiro inviolable de las encinas seculares, el lago lucía trágico y casto, y su onda metálica, con sus reflejos de acero, era el «espejo de Diana».

A la vuelta, cuando se ha dominado la espalda sinuosa de la colina, se ve el mar como una placa de plata fundida que lanza resplandores. La llanura interminable, vagamente abigarrada por los plantíos, se extiende hasta la ribera y se detiene circulada por la banda luminosa. Después se sigue por alamedas de viejas encinas, entre las cuales se extienden muchos bojés y la plebe siempre riente de arbustos verdes. No se cansa uno jamás de este verano inmortal, al que el invierno no puede alcanzar nunca. De pronto, bajo los pies, desde lo alto de una loma, se distingue el lago de Albano, gran copa de agua azulada como la del lago Nemi, pero más ancho y de una ribera más bella. Enfrente, encima de las costas que forman la copa, se yergue el Monte-Cavi, salvaje y rojizo como un monstruo antediluviano, pariente de los Pirineos y de los Alpes, único áspero y rudo en medio de estas montañas que parecen dibujadas por arquitectos, coronado hermosamente con su cenobio de monjes, tan pronto sombrío bajo la obscuridad de las nubes, tan pronto súbitamente iluminado por una entrada de rayos del sol á través de las nubes y sonriente con una alegría salvática. Un poco más abajo del Monte-Calvi, Roca del Papa, escalonado sobre una montaña vecina, toda ella blanca, semejando una línea de almenas y dibujando en el aire tempestuoso y amenazador sus casas suspendidas. En lo más bajo, el lago en su crátera, con su color de estaño, inmóvil y luciendo como una placa de acero bruñido, herizado acá y allá por la brisa en imperceptibles escamas, singularmente tranquilo, adormecido en una vida misteriosa y profunda bajo los estremecimientos silenciosos que lo atraviesan y reflejan su orilla accidentada y la espléndida corona de encinas

que se alimentan perpetuamente de su frescura.

Se levanta la vista y á la izquierda se ve Castel Gandolfo, con sus edificios blancos, su cúpula redonda recortada en el aire, sus puntas herizadas sobre el reborde lejano del monte como conchas blancas incrustadas sobre el lomo de un cocodrilo; después, finalmente, y en el fondo, por cima de las hendiduras y accidentes de las montañas, la infinita campiña romana y sus millares de manchas y de líneas mezcladas bajo una copa de niebla y de luz.

Un convento de cartujos está situado sobre la orilla del lago. Los monjes siempre han escogido sus viviendas con notable gusto y una singular grandeza de imaginación. Quizá la vida religiosa, privada de las comodidades burguesas, libra el alma de las pequeñeces de esa existencia: por lo menos antes así lo conseguía. Desgraciadamente lo horrible y lo grosero vienen á establecerse en seguida cerca de lo grande y lo noble. Hay á la entrada una reja y detrás de ella una multitud de cráneos y de huesos de los cartujos, adornados de inscripciones apropiadas. ¿Te figuras tú el efecto que harán sobre un campesino, pobre hombre de imaginación, que pase por allí? La cabeza y el corazón reciben una sacudida, y el retumbar de ella dura muchas horas. Todo está calculado aquí para estas especies de impresiones; por ejemplo, en San Pedro de Roma el altar mayor está tan lejos, que la concurrencia no puede oír las palabras, cuanto menos comprenderlas, siendo latinas. No importa; el majestuoso susurro que llega á los oídos, el desvanecimiento producido por las capas de oro y la majestad de las masas arquitectónicas, bastan para turbar el alma vagamente y mantener al hombre de rodillas.

26 de Marzo

Esta noche gran conversación política: ahí se llega siempre al fin de los postres, después del café. Transcribo esta conversación al volver en mi á solas.

El interlocutor principal es un apuesto joven, cuya habla italiana es tan clara y tan armoniosa, que parece una música. Es él muy ardiente adversario del poder temporal. Yo le presento las objeciones de los clericales: «Juzgáis al Papa, y así perdéis la docilidad de espíritu y de corazón, volvéis al protestantismo.» «De ninguna manera: somos y permanecemos católicos; aceptamos y mantenemos una autoridad superior encargada de dar reglas de fe. No le quitamos ni aun el poder temporal; á nadie se quita lo que no tiene, y el Papa de hecho no tiene ya ese poder. Hace treinta años que si reina es debido á las bayonetas austriacas ó francesas; no sufrirá jamás seguramente una presión extranjera más grande que la que hoy sufre. No queremos, pues, desposeerle, sino regularizar su despojo, ya realizado. ¿Está en tierra? Pues sentémosle.»

Tomo de nuevo la palabra é insisto: «El principio del catolicismo no es sólo que la fe sea una, sino también que la Iglesia sea una. Si el Papa queda reducido á ser un ciudadano de un Estado particular, italiano, francés, austriaco ó español, muy probable, seguramente, al cabo de un siglo

ó dos caerá bajo la dominación del gobierno de quien será súbdito ó huésped, como sucedió en pasados tiempos á los papas que residieron en Aviñón en el dominio del rey de Francia. Entonces, por rivalidad y necesidades de independencia, las otras naciones suscitarán antipapas ó al menos patriarcas nacionales como el de San Petersburgo y el de Constantinopla: he aquí el advenimiento de los cismas, y con ellos ¡adiós Iglesia católica! No habria ni aun Iglesia independiente. Bajo el poder de un príncipe, el patriarca y el Papa mismo acaban por ser funcionarios del Estado; bien se observa en San Petersburgo y se vió en Francia reinando Felipe el Hermoso y Felipe VI.

»Cuando Napoleón quería establecer al Papa en París, intentaba hacer de él un ministro de Cultos muy distinguido, pero también muy sumiso y obediente. Notad que los gobiernos en Europa, sobre todo en Francia, tienen ya puesta su mano en todos los asuntos; ¿qué sucederá si también llegan á ponerlas en todas las conciencias? Toda libertad perecerá, la Europa será otra Rusia, otro imperio romano, otra China. Finalmente, el mismo dogma quedaría en peligro. Sacar al Papa de sus Estados como una planta de su estufa, es entregarlo á él y al dogma á las sugestiones de las ideas modernas. Como el catolicismo es inmutable, debe ser también inmóvil; su jefe necesita un país muerto, súbditos que no piensen, una ciudad de conventos, de museos y de ruinas, una necrópolis pacífica y poética. Imaginad establecida aquí en Roma una academia de ciencias, cursos públicos, debates en las Cámaras, grandes industrias florecientes, la viva y universal predicación de una moral y de una filosofía

laicas. ¿Creéis que el contagio no llegará á tocar á la teología? Pues llegará poco á poco, la dulcificará, se interpretarán los dogmas quién sabe cómo, se dejará que caigan los más chocantes á la razón humana y de ellos ni aun se hablará. Mirad á Francia, tan bien gobernada, tan obediente en los tiempos de Bossuet; pues por sólo el contacto con una sociedad pensadora, el catolicismo se ablandó, se apartó de las tradiciones italianas, rechazó el concilio de Trento, atenuó el culto de las imágenes, se alió con la filosofía y sufrió el ascendiente de los fieles legos, más instruidos y razonadores. ¿Qué sucedería ahora en medio de las audacias, de los descubrimientos y de las seducciones de la civilización contemporánea? Sacar de Roma ó destronar al Papa es realmente transformar la fe en un espacio de dos siglos ó aun menos.»

Respuesta del italiano adversario del poder temporal: «Tanto mejor. Al lado de los católicos supersticiosos están los sinceros, y esos somos nosotros. Que la Iglesia se reforme y se metamorfosee prudentemente al contacto suave del espíritu moderno, he ahí lo que deseamos. Cuanto á los cismas, tan peligrosos son bajo el poder de un papa sostenido y protegido, como de un papa desposeído; el poder de la Francia, que ahora guarnece á Roma con sus soldados, tiene el mismo ascendiente sobre el Papa que cualquier príncipe de quien pudiera ser súbdito ó huésped. Si hay alguna solución que garantice su independencia, es la solución nuestra: le daremos la orilla derecha del Tiber, San Pedro y Civitta-Vechia; vivirá allí en un oasis con la guardia de honor y mantenido por contribuciones suministradas por todos los Estados católicos, bajo la protección y

en medio de todos los respetos de Europa. Respecto del peligro que haya en reunir los poderes espirituales y los temporales en la mano de un rey, permitidme decirlos que así están reunidos en los pueblos protestantes, por ejemplo en Inglaterra, y no son ellos por eso menos libres. Esa reunión de ambos poderes no produce siempre la esclavitud, sino que en ciertos Estados la consolida y en ciertos otros no la implanta jamás. Entretanto esperad que la rechacemos del nuestro, donde ella la ha establecido. Si hay algún peligro en nuestro plan, es para nosotros y no para el Papa. Colocado en el corazón de Italia, irritado, él se hará revolucionario y concitará á todo el pueblo bajo contra nosotros; pero ya que aceptamos nuestros peligros, dejadnos nuestras ventajas, y vosotros, franceses, no nos impongáis un yugo que en vuestra casa rechazáis.»

«¿Qué otra cosa entrevéis en un porvenir obscuro sino esta transformación de la Iglesia católica?» Sobre este punto las respuestas son muy vagas. Mis interlocutores afirman que el alto clero italiano tiene en su seno un gran número de sacerdotes liberales, que los hay hasta entre los mismos cardenales, sobre todo fuera de Roma, y citan, entre otros, al benedictino dom Luis Tosti, cuyas obras me son ya conocidas. Es un religioso del Monte-Cassino, muy cristiano y muy liberal, que ha leído á los filósofos modernos, conoce la exégesis moderna, es muy versado en la historia y gusta de las elucubraciones superiores; espíritu generoso, conciliador y amplio, cuya elocuencia abundante, poética y atractiva es la de un Jorge Sand católico. Aquí el clero no está regimentado todo él como en Francia: sólo entre los franceses la Iglesia padece por contagio la disciplina admi-

nistrativa (1). En Italia ciertos eclesiásticos tienen posiciones casi independientes: dom Tosti es en su claustro de Monte-Cassino como un profesor de Oxford en su canonicato: puede viajar, leer, pensar y publicar lo que quiera. El intento de este sabio es poner de acuerdo á la Iglesia con la ciencia. Su principio es que la ciencia, siendo simplemente disgregadora, no es el camino único, que hay otro también seguro, *l'atto sintetico*, el impulso y acción de toda la personalidad, la creencia y el entusiasmo natural por el cual el alma, sin razonamiento ni análisis, descubre y comprende á Dios primeramente, y después á Jesucristo. Esta fe generosa y apasionada, por la cual abarcamos la belleza, la bondad y la verdad en sí mismas y en su fuente, es la sola capaz de reunir á los hombres en una comunidad fraternal y de llevarlos á las buenas acciones, á la adhesión ferviente y al sacrificio. Esta comunidad es la Iglesia católica; por lo tanto, manteniendo completamente inmutable su Evangelio, la Iglesia debe acomodarse á las variaciones de la sociedad civil; puede hacerlo porque encierra en su seno una variedad inagotable de formas. Está á punto de sufrir una de esas metamorfosis, pero quedará, conforme con su esencia, «la maestra de la moral». Todo esto no define la metamorfosis, y el padre Tosti mismo no vacila en decir que es un secreto puesto en las manos de Dios (2).

El conde N..., fino y penetrante espíritu italiano, al que empiezo á conocer bien y á estimar

(1) «Mi clero es como un regimiento; debe marchar, y marcha.» Discurso del cardenal Bonnechose en el Senado, legislación de 1865.

(2) *Prolegomeni alla storia universale della Chiesa.*

mucho, me ha llevado aparte en rincón obscuro y me ha dicho: «Estos jóvenes quieren entrar en la poesía: probemos nosotros á salir. Dejemos á un lado por un instante las simpatías, el patriotismo, los rencores ó prevenciones y las esperanzas; consideremos el catolicismo como un hecho; tratemos de cortar las fuerzas que lo sostienen y de ver en qué sentido y en cuáles límites la civilización moderna contrapesa ó desvía su acción. Así propuesta la cuestión, es un problema de mecánica moral, y he aquí, según nos parece, á qué conjeturas se llega en este terreno:

»La primera de estas fuerzas es el ascendiente de los *ritos*. Lo propio y natural en un salvaje, en un niño, en un espíritu completamente inculto, imaginativo y grosero, es la necesidad de hacerse un ídolo, su fetiche, quiero decir, necesidad de adorar el signo en lugar de la cosa significada. Así proporciona su religión á su inteligencia, y no pudiendo comprender las ideas puras y desnudas y los sentimientos incorpóreos, santifica objetos palpables y prácticas sensibles. Tal fué la religión en la Edad Media, y aun subiste casi intacta, en un clérigo cualquiera de la Sabina y en un habitante de la Bretaña. Un dedo de San Ives, un hábito de San Francisco, una estatua de Santa Ana ó de la Madonna con sus vestidos nuevos y bordados, he ahí lo que es Dios para ellos: una novena, un ayuno, un rosario asiduamente rezado, una medalla devotamente besada, he ahí lo que es su piedad. Un escalón más arriba, el santo local, la Virgen, los ángeles y el miedo y la esperanza que excitan, componen toda la religión. A los dos escalones encima de éste, el sacerdote es considerado como un ser superior, depositario de la voluntad divina y dispensador de las gracias

celestes. En los países protestantes todo esto ha sido destruído por la reforma de Lutero, y dura, aunque atenuado, en los católicos, entre las gentes sencillas y medio sencillas, sobre todo en los pueblos de imaginación ardiente y que no saben leer. Esta fuerza se va reduciendo á medida que la instrucción y la cultura del espíritu se propagan. En esto, el catolicismo, obligado por la civilización moderna, deja que se vaya cayendo la corteza idolátrica de la Edad Media. En Francia, por ejemplo, desde el siglo XVII, esta porción de las creencias y de las prácticas viene cayendo en desuso, al menos en la clase un poco ilustrada. Sin duda que aun queda y quedaría siempre algo de esto; pero es una vieja envoltura que se adelgaza, se rasga y se desvanece al cabo.

»La segunda de estas fuerzas es la posesión de una metafísica completa, formulada y establecida. A este título, el catolicismo está en guerra abierta, si no con las ciencias experimentales, al menos con su espíritu, su método y su filosofía. Sin duda, puede amoldarse, transigir, mantenerse firme sobre puntos particulares, decir que Moisés previó la teoría del éter luminoso, pues que en el Génesis hizo nacer la luz antes que el sol; pretender que los períodos geológicos están casi indicados en los seis días del Génesis; escoger sus jalones en los terrenos inexplorados, arduos ó dificultosos como la generación espontánea, las funciones cerebrales ó lengua primitiva. Sin embargo, le repugna invenciblemente la doctrina que somete toda afirmación á la comprobación de experiencias repetidas y de analogías similares y adecuadas; que pone por principio la inmutabilidad de las leyes físicas y morales; que reduce las entidades á no ser otra cosa que signos acomodados y

buenos para notar los hechos generales. En efecto, el catolicismo ha concebido su metafísica en una época de exaltación y de sutilidad extraordinarias, en la que de todas partes los espíritus acumulaban triadas sobre triadas, no viendo en la Naturaleza más que un zócalo obscuro perdido bajo las arcadas sobrepuestas, resplandecientes é interminables, seres místicos y sobrenaturales.

»Consignada esta hostilidad, hay que notar que los descubrimientos de las ciencias, sus aplicaciones á la vida ordinaria, sus invasiones ó avances en los dominios inexplorados, su ascendiente sobre las opiniones humanas, su influencia sobre la educación y los hábitos del espíritu, en su dominio sobre las especulaciones superiores y en los aspectos de conjunto, su fuerza, en una palabra, va creciendo rápidamente. Por esto el adversario retrocede; como el paganismo en los tiempos de Proclo y de Porfirio, no tiene más remedio que refugiarse bajo las interpretaciones; dejar la cosa conservando el nombre, decir que atraviesa el símbolo y penetra hasta el sentido. Porque la crítica nació hace un siglo, y hoy se conoce demasiado bien el pasado para confundirlo con el presente. Cuando Hegel ó cualquier otro conciliador presenta la filosofía del siglo XIX como heredera é intérprete de la metafísica del siglo III, interesa á los estudiantes, pero hace reír á los historiadores. Así, el catolicismo se verá obligado á abandonar su bagaje alejandrino como su bagaje feudal; no lo tirará violentamente al mar, porque el catolicismo es conservador; pero los dejará deslizarse al fondo de la cala; quiero decir, que hablará poco, que cesará de manifestarlos y proyectará la luz hacia otras partes de sí mismo. Esto es lo que antes abiertamente y ahora de un modo

insensible hace el protestantismo: se despojó con Lutero del moho de la barbarie, y por medio de la exégesis moderna se agita para despojarse del moho bizantino: después de haber desbrozado el cristianismo de ritos, lo limpia de fórmulas y puede afirmarse que, aun en los países católicos, la mayor parte de las gentes de sociedad, ortodoxas de labios afuera, pero en el fondo semiarrianas, semiunitarias, un poco deístas (1), un poco escépticas, bastante negligentes, poco ó nada fuertes en teología, si se examinaran á fondo á sí mismas, encontrarían una gran distancia entre su catolicismo y las prácticas de la Edad Media ó las entelequias de la Santa Sofía y del Serapión.

»Estas son las fuerzas muertas, es decir, constituidas por la velocidad adquirida, y que no obran sino por la inercia natural de la materia humana. He aquí, sin embargo, las fuerzas activas, es decir, incesantemente renovadas por nuevos impulsos. En primer lugar, el catolicismo posee una *Iglesia monárquica* hábilmente orga-

(1) Los arrianos, conservando la primitiva fe católica de los apóstoles, creían que Jesucristo era hijo de Dios, como lo somos todos; enviado, sí, á una misión excepcional, pero no Dios ni de la substancia de Dios, ó *consustancial* con El. Tal había sido la fe católica hasta el concilio de Nicea, año 325, en el que por exigua mayoría de votos, no sin haber arrojado Constantino del Concilio y violentamente á muchos obispos que sabía que votarían en contra, fué declarado Jesús consustancial con el Padre y condenada en Arrio la doctrina de los apóstoles. Los unitarios no creían en la Trinidad. Dios, según ellos, es uno en esencia, una substancia infinita que ni puede hacerse hombre ni mirarse á lo que no sea ella. Los deístas creen sólo en la existencia de un Dios, también uno y no trino, autor de todo lo creado; su religión es la llamada religión natural, cuyos tres preceptos fundamentales son: haz el bien, huye del mal, no quieras ni hagas para otro lo que no quieras para ti.—(N. del T.)

nizada, que es una máquina administrativa la más potente que se conoció jamás, reclutada por lo alto, subsistente por sí misma, sustraída á toda intervención de los legos, especie de gendarmería moral que funciona al lado de los gobiernos para mantener la obediencia y el orden. A este título, y como además por su fondo es ascética, ó lo que es lo mismo, hostil al placer sensible, puede ser considerada como un freno excelente contra el espíritu de rebeldía y los alicientes sensuales. Por esto mismo, toda sociedad amenazada por una teoría como el socialismo ó por pasiones ávidas como las de la democracia contemporánea, todo gobierno absoluto ó fuertemente centralizado lo sostienen para apoyarse en ella. Cuanto más universal y rápida es la nivelación entre los hombres, más se exaltan los apetitos y las ambiciones y más desordenado y alarmante es el torbellino á cuyo impulso las capas de abajo intentan desalojar á las de arriba, también parece entonces más saludable y protectora la Iglesia. Cuanto más un pueblo es fácil de disciplinar como la Francia, sumiso y obligado como la Francia y el Austria á poner su conducta en manos de una autoridad exterior, tanto es más católico. Sin duda que el establecimiento de gobiernos parlamentarios ó republicanos y la emancipación ó la iniciativa del individuo, trabajan en un sentido contrario; pero no es seguro que la Europa marche hacia esta forma de sociedad, á menos que marche toda ella unida. Si la Francia continúa siendo lo que es desde hace sesenta años y lo que parece ser por esencia, un cuartel administrativo exento de toda usurpación y bien ordenado, el catolicismo puede subsistir indefinidamente.

La segunda fuerza cativa es el misticismo. Con Jesús y la Virgen, con la teoría y los sacramentos del amor, el catolicismo ofrece un alimento á las imaginaciones tiernas y soñadoras y á las almas desgraciadas y apasionadas. Solamente por este lado viene desenvolviéndose hace dos siglos, por el culto de la Virgen y del Sagrado Corazón, y muy recientemente por la proclamación del último dogma de la Concepción Inmaculada. Los benedictinos de Solesmes, que han editado las obras de San Alfonso de Liguorio, hacen sobre este punto declaraciones estupendas (1). Dicen que la antigua teología era dura, que la Iglesia ha recibido nuevas luces, que por una revelación especial saca hoy á luz la mansedumbre y la bondad divina, que el dogma y el sentimiento del amor han llegado á su más alto grado, que la dignidad infinita extendida sobre la persona de María ofrece, finalmente, á los fieles el altar donde podrán entregarse deliciosamente á todas las delicadezas de la oración. He aquí una poesía femenina y sentimental: añádile la del culto, y en las revueltas

(1) Prólogo de la edición completa, tomo I, 1854. San Liguorio «es un anillo necesario que prolonga hasta nuestros tiempos esa cadena maravillosa por medio de la cual desde hace tres siglos la tierra se ha acercado al cielo... Cristo confía á su Iglesia nuevos secretos y la inicia de día en día en los inmensurables misterios de su corazón... Una unión desconocida en los primeros siglos de nuestra fe ha penetrado el corazón de los amigos de Dios... el culto de la Esposa se ha hecho más tierno, le han sido reveladas nuevas amabilidades del Esposo... Entre los católicos, el misterio de la Eucaristía es él solo toda una religión; desde los seis últimos siglos, esta religión del cuerpo de Cristo ha recibido principalmente un nuevo desarrollo... Las prerrogativas de María, esta incomparable Virgen, nos han sido mostradas con una luz nueva... Herederos del amor, nosotros que la vemos interponerse como una dulce nube y templar deliciosamente el brillo de

del mundo, en la época de las grandes disoluciones de doctrinas, estas dos poesías se apoderan de los espíritus desalentados, exaltados ó enfermos. Desde la caída de la civilización antigua se ha verificado un gran desarreglo en la máquina humana: el equilibrio primitivo de las razas sanas, tal como lo mantenía la vida gimnástica, ha desaparecido. El hombre se ha hecho más sensible, y el aumento enorme y reciente de la seguridad y del bienestar han hecho que aumente su descontento, sus exigencias y sus pretensiones. Cuanto más tiene más desea; no sólo exceden sus deseos á su potencia, sino que todavía la vaga aspiración de su corazón le lleva más allá de los impulsos de sus sentidos, de los sueños de su imaginación y de las curiosidades de su espíritu. Es *el más allá* lo que él desea, y el tumulto febril de las capitales, las excitaciones de la literatura, la exageración de la vida redentora, artificial y cerebral, no hacen más que irritar el sufrimiento de su deseo nunca satisfecho. Desde hace ochenta años, la música y la poesía se ocu-

los rayos del sol, cuya autora fué ella: nosotros, pues, la proclamamos mediadora *omnipotente* del género humano. Simbolizado en su corazón, el cristianismo ha podido sacar las últimas consecuencias de la ley de gracia, sobre las cuales fué fundado... En esta edad de misericordia, los preceptos del Señor no han debido ser, por decirlo así, más que las leyes orgánicas del amor... El espantable jansenismo apareció con su moral dura como sus dogmas, y sus dogmas repulsivos como su moral.—(N. del A.)

Todo esto es un conjunto de herejías y de blasfemias hipócritas. El dogma cristiano enseña que sólo hay un mediador, Cristo; ahora estos señores nos traen el mediador puro, ese mediador, la Virgen, y á vuelta de mucho hablar y de maldecir de paso el jansenismo, todo eso es jansenismo puro y pietismo herético mal barnizado.—(N. del T.)

pan en expresar la enfermedad del siglo y el encumbramiento de los conocimientos, el exceso de labor, la inmensidad del esfuerzo que lloran consigo la ciencia y la democracia modernas, pareciendo más bien hechas para exasperar la dolencia que para curarles. A espíritus tan fatigados y tan áridos, el encantador quietismo puede algunas veces parecer un refugio: lo notamos en nuestras mujeres, que sufren nuestros males sin disponer de nuestros remedios. En la clase inferior entre las doncellitas, en medio de la vida de provincia, ese quietismo puede ganar muchas almas por las seducciones de su poesía mundana y coqueta, por su armazón de símbolos corporales enternecedores, y tal vez se verá un día á la familia dividida dejar que la mitad de ella busque en el amor ideal la expansión íntima, el sueño tranquilizador, la deliciosa angustia que el amor terrestre no puede darle.

»Tal es, pues, la transformación probable, y puede decirse que la transformación presente del catolicismo. Atenuar los ritos, excepto para las gentes sencillas; dejar que se hunda la metafísica, excepto en las escuelas; asegurar su jerarquía administrativa y desenvolver ampliamente sus doctrinas sentimentales: he aquí lo que viene haciendo desde el concilio de Trento.

»Parece como que debe en adelante y con preferencia hablar á los gobiernos y á las mujeres, ser represivo y místico, crear ligas y fundar *sagrados corazones*, constituir un partido de políticos y un asilo de almas enfermas. Como el progreso de las ciencias positivas y la tranquilidad del bienestar industrial impiden la exaltación necesaria al establecimiento de una religión nueva, no se ve el término de la duración de esta romana;

jamás un pueblo ha dejado su religión sino para tomar otra religión diferente. No se ve para el catolicismo en el horizonte más que una gran crisis allá para dentro de uno ó dos siglos, quiero decir, la intervención de un nuevo protestantismo. El de Lutero y Calvino, tan rígido y literal, repugna á los pueblos latinos; el de Schleiermacher y de Bunsen, dulcificado y transformado por la exégesis, acomodado á las necesidades de la civilización y de la ciencia, indefinidamente ampliado y depurado, puede llegar á ser la religión filosófica por excelencia, liberal y moral, y ganar aún en los pueblos latinos á esa clase superior que bajo el influjo de Voltaire y Rousseau había adoptado el deísmo. Si el combate se verifica será digno de atención, porque empeñado entre una filosofía y una religión, no podría jamás concluir teniendo cada una de esas dos plantas sus raíces independientes é indestructibles, ó entre dos religiones ya sería otra cosa. Si el catolicismo resiste este ataque, me parece que estará en lo futuro al abrigo de todos los demás. La dificultad de gobernar estas democracias le proporcionará siempre muchos partidarios; la sorda ansiedad de los corazones tristes ó tiernos le llevará siempre gran abundancia de prosélitos, la antigüedad de la posesión le conservará siempre á los fieles. Estas son sus tres raíces, y la ciencia experimental nunca las toca, porque se componen, no de ciencia, sino de sentimientos y necesidades. Podrán estar más ó menos extendidas, á mayor ó menor profundidad, mas no parece que el espíritu moderno pueda hacer presa en ellas; al contrario, en muchas almas y en ciertos países el espíritu moderno introduce emociones é instituciones que de rechazo las consolidan, y un día

Macaulay ha podido decir en un acceso de imaginación y de elocuencia que el catolicismo subsistirá aún, por ejemplo, en la América del Sur, cuando los viajeros de la Australia vengán á dibujar sobre las ruinas de París ó de Londres los arcos arruinados de London Brigde ó los muros derruidos del Panteón.»